

Sobre las etimologías griegas del diccionario académico

Permitaseme, al comenzar esta modesta aportación, una anécdota sentimental. A mediados de 1953 recibí una llamada del inolvidable don Julio Casares en que solicitaba mi colaboración. Se trataba de que la muerte de mi padre, don Emilio Fernández Galiano, había dejado interrumpida la corrección de pruebas de la edición del diccionario que entonces se estaba preparando. Mi padre, con enorme ilusión y tenacidad, aprovechó los pocos años en que le fue dado contarse entre los académicos para rehacer de una manera sustancial todos los artículos zoológicos, botánicos, fisiológicos, etc., muchos de los cuales, naturalmente, presentaban errores o conceptos anticuados.

Al morir él en 1953, se hacía preciso que alguien concluyera su labor. Y, como yo soy totalmente lego en dichas materias, convine con Casares en que, aparte de una revisión puramente tipográfica de lo modificado por mi padre, daría un repaso, sin alterar mucho la composición, a las etimologías griegas. Así lo hice, y gracias a ello puedo ser más breve y positivo. Quiero que estas palabras sean no sólo homenaje filial, sino también testimonio de admiración a quien con tanto tino, tanta pericia y tan buena voluntad colaboró con la Academia en aquellos años. Los meses posteriores trajeron a su familia una gran alegría: la preciosa, impagable necrología de don Gregorio Marañón, hombre bueno siempre en toda la extensión de la palabra hoy tan desgastada. Y también un gran dolor del que no quiero hablar aquí. Paz a los muertos.

Me parece que todavía había bastante que mejorar en las etimologías griegas y considero útil una calicata en este

sentido. Debo decir, ante todo, que el material etimológico en general es hoy fidedigno y que solamente a aspectos por lo regular muy técnicos se refieren las enmiendas que propongo. He elegido como base de mi estudio la letra A por ser la primera, por ser larga y porque contiene muchos vocablos que hacen al caso: a esta letra corresponden, en efecto, los derivados o analógicos de palabras con prefijo negativo *a-* o *an-*, preposiciones *amphi-*, *ana-*, *anti-* y *apo-**, primeros elementos de compuestos tan importantes como *archi-* y *auto-*, palabras con el artículo árabe *al-*, etcétera. En algunos aspectos me he salido un poco más de la A con el fin de aprovechar el material inicial de una serie de trabajos que preparo con mis alumnos y de los que es buena muestra la memoria de Licenciatura presentada por la catedrática Conchita Morales y titulada *Los he-lenismos de tipo médico en la lengua española*.

Y entramos ya en materia para señalar ante todo que deben ser eliminadas o, al menos, expuestas con cautela ciertas etimologías falsas o muy dudosas, producto de la tendencia, muy típica de los siglos XVIII y XIX, a buscar siempre ilustres precedentes, a ser posible griegos o incluso hebreos, a muchos vocablos de origen oscuro.

La *abroma* es una esterculiácea tropical. El *DLE* sugiere el prefijo privativo y *brōma* «alimento». ¡Pero eso podría ser el nombre de todo lo que no se come, y además dicho prefijo no se emplea ante sustantivos! Diré de paso que no es admisible tampoco que *broma* «chanza» proceda de *brōma* (¡se trataría de bromas de sobremesa!), mientras que, en cambio, *broma* «molusco que deteriora las naves» sí tiene el antecedente de *brōma* «caries» en Hipócrates y «corrosión» en los LXX; san Isidoro traduce como *edacitas*.

El *alboquerón* es nombre de una crucífera. Alix, según nos informa Corominas, pensó en el artículo árabe y una

* Por razones técnicas hemos preferido transliterar todos los vocablos griegos —incluso los que en el *DLE* aparecen en caracteres griegos—. Reconocemos la dificultad de llevar a los caracteres latinos todos los detalles de los términos griegos: diferencia entre *ómikron* y *oméga*, *épsilon* y *éta*, entre otros. Pero nos ha parecido más sencillo y fácil la transliteración. En general hemos seguido en ello las normas que expusimos en nuestro artículo 'Sobre un proyecto de transliteración del griego clásico', en *Antidoron Hugoni Henrico Paoli oblatum*, Génova 1956, 124-36.

palabra de dicha lengua que designa a una gramínea. El *DLE* habla del gr. *boúkeron* (también existe *boúkeras*), denominación de la alholva o fenogreco, una papilionácea. Estas disparidades botánicas no animan a defender esa relación.

En Andalucía se llama *alfeñique* a la valeriana; Corominas niega que esté aquí el artículo árabe con *phoinix* «púrpura» y cree más bien en parentesco con *alfeñique* «delicado», etc.

A *alferecía* da el *DLE* origen árabe citando *al-fāliyiyya* «hemiplejía», «del gr. *plēxia*». Esta es una de las pocas palabras inventadas que aparecen en él: luego hablaré del tema. Eguílaz pensaba en *epilēpsía*, pero Corominas no encuentra el intermediario árabe.

La *alidona* es una «concreción lapídea que se suponía encontrarse en el vientre de las golondrinas». El *DLE* da como etimología *chelidōn* «golondrina». Muy raro todo, incluso la pérdida de la inicial.

Sobre *almirón*, nombre andaluz del amargón o diente de león, otra vez inventaría el *DLE* un gr. **myrón* «el amargo» si no fuera porque, a la vista de ediciones anteriores, se descubre que a lo que verdaderamente quiere referirse el diccionario es a *halmyrós*, no «amargo», sino «salado». Mejor es la tesis de Corominas: *l* analógica sobre un lat. **amārio* derivado de *amārus*.

Anacardo está remitido a un inexistente gr. **aná kardos* de *aná* y *kardia*; pero lo que sí existe es *onokárdion* «ajonjera», que, como dice Corominas, ya el bajo latín modificó por etimología popular en *anacardus*.

A una tela de seda grosera se llamaba antiguamente *anafaya*, que el *DLE* relaciona, a través del ár. *an-nafāya*, con *gnaphállion* (no **gnaphálion*) «siempre viva», de que se haría una especie de fomento. La semántica es confusa. Corominas prefiere emparentarlo con *añafea* «papel de estraza».

Es sumamente curioso el caso de *árnica*, que el *DLE* hace derivar de lat. *ptarmica* y gr. *ptarmiké*. A mi parecer hay aquí una confusión de dos plantas: la *Achillea ptarmica*. L., citada ya por Dioscórides y Galeno, de flores blancas,

llamada en italiano *tarmica* y en castellano *tármica* o *botón de plata*, y la *Arnica montana* L., de flores amarillas, llamada en catalán *talpica* y en castellano *estornudadera*, *flor de tabaco*, *tabaco de montaña*, *tabaco borde*, *estabaco* y, naturalmente, *árnica*.

Me ha sido muy valioso el *Dioscórides renovado* de Font Quer (Barcelona 1962), que habla de la segunda planta en las páginas 826 a 829 y explica que don Antonio Sala y otros confunden los dos vegetales pensando, cosa difícil en nuestra lengua, que *árnica* viene de *ptarmica*, «de la misma manera —dice el gran botánico y enamorado de nuestra lengua— que los de la (generación) que ahora empieza a enverar dicen *sicología* en vez de *psicología*, como si *psique* no mereciera ya ningún respeto». Continúa contando que también Quer y Sallent escriben *ármica* como sinónimo del *Arnica montana*, lo cual le deja a él indeciso, pero a nosotros no. Evidentemente, *tármica* y *árnica* son derivaciones de dos palabras latinas respectivamente, *ptarmica* y *arnica*, pero ¿de dónde se deriva ésta?

Todo un grupo de palabras que llevan consigo ideas de «garfio, garra, gancho» han sido emparentadas con el griego. *Arpar* es puesto por el *DLE* en relación con el lat. *harpe* y gr. *hárpē* «hoz, cimitarra, anzuelo, arpa, halcón», pero no hay que ir tan lejos, dice Corominas, pues existe el fr. *harper*. El mismo origen da el *DLE* para *arpella* «ave rapaz», cuyo diminutivo indica origen catalán o transpirenaico. Y otra vez lo mismo con *arpón*, pero tenemos un fr. *harpon*.

El prestigio de *ártos* «pan» ha atraído a muchos lingüistas. Así, el *DLE* recurre a dicho vocablo para *artaleta* «empanada», *artanita* «hierba llamada pamporcino», *artera* «instrumento para marcar el pan», *artesa*. El problema es, aparte de cuestiones semánticas y sufijales, cómo podrían haber venido estas palabras, pues *ártos* se especializa cada vez más para el santo pan de la Misa dejando el campo libre a *psōmí* en griego moderno. Corominas sugiere un contaminado fr. *tartelette* para el primer caso; el árabe *'arṭanitā* para el segundo; origen prerromano (cf. los topónimos *Artesa* para lugares sitios en el fondo de hoyas, vasco *artesi* «grieta», etc.) para el último. En todo el pro-

blema resulta perturbadora la palabra jergal *artón* «pan»: Sainéan, citado por Corominas, hace notar otros posibles cultismos del caló, como *crie* «carne» de *kéras*, *ornie* «gallina» de *órnis*; más vale, sin embargo, observar cautela.

La hierba de santa María, especie de artemisa, es llamada *atanasia*, nombre que remite el *DLE* a *athanasia* «inmortalidad», a pesar de que el abstracto no encaja aquí; Corominas sugiere etimología popular a partir del bajo lat. *tanacetum*, denominación del *Pyrethrum parthenium* Sm. En cuanto a *anastasia*, nombre de la artemisa para el que *DLE* inventa un lat. **anastasia* y un gr. **anastasia*, se trataría de una deformación popular de la misma palabra.

En Asturias se denomina con el femenino *atempa* un tipo de pastizal. El *DLE* acude a un n. pl. lat. **tempe* inexistente. Lo que sí hay es un n. pl. gr. *Témpea* > *Témpē* que designa un famoso valle y que se convirtió en nombre común *témpea* «valles» (cf. Teócr. I 67). Pero su etimología se relaciona con la raíz indoeuropea *tem-* «cortar» y no tiene que ver con la extensa familia prerromana que cita Corominas y que da nombre a peñas o montes.

Por último, *ázoe*, emparentado por el *DLE* con el prefijo privativo y *zōé* «vida». En cierto modo sí es así, pero a través de una falsa etimología basada en el fr. *azote*, que a su vez, según Corominas, procedería del cast. *azogue*.

Y aquí termina este muestrario. Como se ve, si sólo la A ha dado un grupo nutrido de palabras, es de suponer que las voces que deben ser modificadas en el *DLE* sean bastantes.

Entremos ahora en el campo de las etimologías más o menos seguras. Un principio que a mi parecer hay que observar siempre es el de la preferencia de la etimología latina sobre la griega. Quiero decir que, bien se trate de palabras muy antiguas entradas ya en el latín de Hispania, o de términos introducidos a través de la Iglesia en épocas tardorromana, visigótica y medieval, o de vocablos venidos al castellano por vía culta a partir de Alfonso el Sabio, conviene, salvo que existan motivos especiales de otro tipo, pensar como fuente en el intermediario latino atestiguado excepto en unas pocas palabras bien conocidas y generalmente muy modificadas de las que se sabe

que accedieron a nuestras lenguas peninsulares por contacto directo con lo griego, ya que, por desgracia, el uso también directo de libros o documentos escritos en dicha lengua queda excluido casi siempre. Mientras que en los siglos XVIII y XIX la cosa varía, pues durante ellos hay una corriente de neologismos importados por lo regular de lenguas técnicas extranjeras más inspiradas en el original griego.

Así se producen casos curiosos como el de *acróbata*, que tanto el *DLE* como Corominas consideran inspirado directamente en el gr. *akróbatos*; pero éste es un raro adjetivo de Nonno que no tiene nada que ver con acrobacias, mientras que en Vitrubio se lee *acrobates* y, si bien la palabra aparece como *acrobate* en el léxico dieciochesco de Terreros, lo cual podría inducir a ver un simple galicismo en el *acróbata* de nuestro XIX, el latín debe aquí ser muy tenido en cuenta.

Más claros todavía están otros casos. También en Vitrubio encontramos *acrōtērium* «pretil», evidente origen del *acroterio* atestiguado en 1761, mientras que el más antiguo *acrotera*, relacionado por el *DLE* con el n. pl. de dicha palabra, parece que puede muy bien ser galicismo inspirado en el fr. *acrotère*, derivación natural del singular. Otros vocablos venidos del latín: *agáloco* (*agallochus* en el Digesto), *alfa* (*alpha* en Varrón) *analógico* (*analogicus* en Gelio), *anónimo* (*anōnymos* en Plinio y Casiodoro), *anfiteatrón* (el *DLE* no habla ni del lat. *Amphitryōn* ni del antecedente helénico de éste), *arritmia* (*arrhythmia* en Mario Victorino empleado en sentido no médico, como también el *arrythmia* de Platón, no conocido por el *DLE*), *asiático*. Igualmente el primer elemento *archi-* debería relacionarse no directamente con *árchō*, sino con el componente de, por ejemplo, *archipirāta* (Cicerón), *archimimus* (Suetonio), *archimagirus* (Juvenal). Caso especial es el del mozárabe *alpatana* «utensilio de un molino harinero», donde el *DLE* remite a *patānē* «plato», pero sin mencionar el lat. *patīna* «cazuela» que puede haber intervenido.

Hay, sin embargo, al menos dos casos en que, como decía, resulta más adecuada la etimología griega que la latina aun existiendo antecedentes en esta lengua. Aunque

al griego tardío *askētérion* responde el lat. jurídico *ascētērium*, la presencia de itacismo en el antiguo *asciterio* «monasterio», recogido por Berganza, hace pensar en transmisión a partir de lo bizantino. Algo similar ocurre con *akēdia*, empleado desde Hipócrates y muy frecuente en el léxico monástico para referirse al estado de apatía y atonía a que el diablo somete frecuentemente a los religiosos; en la Vulgata tenemos *acēdia*, en san Isidoro *accidia*, en italiano *accidia*, en francés *accide*; en el *Libro de Alexandre* hallamos *acidia*, con evidente huella del griego tardío.

Ahora, algunas palabras no atestiguadas, que sepamos, en latín e introducidas en castellano por vía culta a partir de vocablos griegos cuya mención sustituye el *DLE* por una descomposición etimológica: *agalactia* (*agalaktia* en el cómico Autócrates), *anacanto* (*anákanthos* en Heródoto), *anión* (craso error del *DLE* al descomponer en el privativo *an-*, con errata, y el participio *ión* cuando bastaba mencionar el también participio *anión* «que asciende»), *arite-noides* como nombre de un cartilago (llamado ya *arytai-noeidés* en Galeno; hay errata también en *arytaina*). En dos cultismos al menos, *anacreóntico* y *aticista*, se hace caso omiso de los antecedentes clásicos; y en *anagogia* no se atiende a la existencia del gr. *anagōgia*.

También convendría fijarse especialmente en las concordancias o discordancias de sentido, pues como es lógico, no siempre la forma griega original significa lo mismo que la derivada castellana. *Acracia* hoy es «calidad de ácrata», pero su antecedente *akráteia* o *akratia*, citado por el *DLE* como los que aquí siguen, significa «incontinencia» o «debilidad»; *agenesia* es «esterilidad» o «desarrollo defectuoso», pero *agennēsia* es término teológico que quiere decir «calidad de no creado»; *agrónomo* es ahora «persona que profesa la agronomía», mientras que el adjetivo *agronómos* o *agronomos* designa a las ninfas que recorren los campos, a los pastos, a los magistrados encargados del sector campestre en *Las leyes* de Platón; *ametria* es «falta de medida en los versos» y el gr. *ametria* (en el *DLE* hay una errata) significa «desmesura» o «infinitud», etc.

Entramos ya en uno de los capítulos de este estudio que considero más interesantes. Me parece, en efecto, que

la etimología debe detenerse en la palabra latina cuando exista, sin remontarse a la griega ni menos añadir a ella la descomposición en componentes etimológicos, como se hace a veces. A esto solamente se ha de recurrir en casos raros y cuando problemas semánticos o de formación de palabras lo hagan necesario, pero generalizar el procedimiento es arbitrario, pues, si se remonta el etimólogo a través de dos lenguas, no hay razón ya para no llegar también al indoeuropeo y aun más allá. Esta no es misión de un capítulo que, como el de las etimologías, tiene que desempeñar papel muy austero y conciso dentro del léxico. Y de paso se evitarían muchas imprecisiones en estos problemas difíciles en que a veces cabe duda sobre la verdadera fuente, griega o latina, del préstamo.

Voy a dar, pues, una larga lista de palabras en que no es preciso llegar más atrás del latín. Citaré a veces la fuente en dicho idioma. Tenemos, pues:

abismo (probablemente de un superlativo vulgar **abyssimus* formado sobre *abyssus* de Tertuliano);

abrótano (*abrotonum* en Horacio y *abrotonus* en Lucr.);

academia (pero el acento castellano puede corresponder a *Akadēmía* frente a *Akadēmeia*, origen del lat. *acadēmīa*, usado por Cicerón), *académico* (*acadēmicus* en Cicerón);

acantio (*acanthion* en Plin.), *acanto* (*acanthus* en Virg.);

acataléctico y *acatalecto* (*acatalecticus* y *acatalectus*), *ácates*, *ágata* y el onom. *Águeda*, que se remontan todos al lat. *achātes*, empleado por Plinio (el acento se debe, según Corominas, a la influencia de *agathé* «buena», pero yo creo más bien en la de nombres como *Filágato* o *Epágato*);

aciano, nombre de la *Centaurea cyanus* L. (la *a-* inicial resulta rara, quizá analógica de *aciago*, frente al *cyanus* de Plinio y el *ciano* mencionado por Terreros; en todo caso, el original griego no es *kyáneos* «azul», sino un *kyanos* que se utiliza para el lapislázuli, para la planta en cuestión y para un ave, la *Petrocichlo cyanus* L.);

acólito (*acolūthos*, pero también *acolythus* y *acolytus*; el acento sigue al griego en la forma castellana, pero Lope acentúa *acolito*);

acónito (*aconitum* en Virgilio; el acento sigue al griego *akóniton*);

acores (*achor* o *acor*; en griego es mejor el acento *áchōr*),
ácoro (*acoros* o *acoron*);

acroamático (aunque *acroamaticus* sólo está en conjetura a Aulo Gelio);

adamante (*adamas* en Virgilio);

adarce (*adarca* en Plinio y *adarce* en Vegecio);

áfaca (*aphaca* y *aphace* en Plinio);

aforismo (*aphorismus*);

afrodisíaco o *afrodisiaco* (*aphrodisiacus*);

afronitro (*aphronitrum* en Plinio);

ágape (*agape* en Tertuliano);

agárico (*agaricum* en Plinio);

agérato (*agēraton* en Plinio);

agobiar (además no hay ninguna relación entre latín *gubbus* o *gibbus* y gr. *kyphós*);

agonia (*agōnia*, pero el gr. *agōnia* existe), *agonista*, *agonística*, *agonístico* (*agōnista* en san Agustín, *agōnisticus* en Tertuliano), *agonizar* (pero el lat. *agōnizāre* es de muy baja época);

aire (*āer* en Plauto, etc.);

ajenjo (*absinthium* en Plauto);

alabastrita y *alabastro* (*alabastrites* y *alabastritis* en Plinio; *alabaster* en Cicerón);

alcaicería, *alcea* (*alcea* en Plinio; el acento castellano es analógico);

alcino (*acinos* en Plinio; el acento y el *al-* inicial son analógicos);

alectoria (*alectoria* en Plinio, sin que conste el precedente griego);

alegoria y *alegórico* (*allēgoria* en Quintiliano y *allēgoricus* en Arnobio);

alexifarmaco (*alexipharmacōn* en Plinio);

alfabeto (*alphabētum* en Tertuliano);

alisma (*alisma* en Plinio);

aliso (*alysson* en Plinio);

almidón (*amulum* o *amylum*, en bajo latín *amidum*; *al-* es analógico; el acento en la última, como en muchos neutros de la segunda);

- almorrana* (*haemorrhoids* o *hoemorrhoida*);
álos (*aloe* en Celso; el acento de cast. *aloe* puede proceder de gr. *alōē*);
alopécia (*alōpecia* en Plinio);
alopécuro (*alōpecūros* en Plinio);
álsine (*alsine* en Plinio);
altea (*althaea* en Plinio);
amaracino (*amāracinus* en Lucrecio; el acento castellano es, pues, analógico);
amáraco (*amāracus* o *amāracum*);
amaranto (*amarantus* en Tibulo);
amatista (con la *-a* final debida a que el gr. *améthystos* y el lat. *amethystus* eran femeninos por ser adjetivos de dos terminaciones);
amazona (con *-a* final para indicar sexo frente al lat. *Amāzon*);
ambligonio (*ambligōnius*, pero debería haberse escrito **amblygōnius*);
amebeo (*amoebaeus*; el *DLE* ofrece errata en el griego de la voz *ameba*);
amianto (*amiantus* en Plinio);
amígdala (*amygdala* en Columela y Plinio);
amnestia (*amnestia*; la voz cast. *amnistia* es moderna y asimilatoria, no itacística);
amodita (*hammodytes* en Lucano, con lo que se ve que el acento es analógico);
amomo (*amōmum* en Salustio);
amoniaco o *amoniaco* (*Ammōniacum* en Celso);
ampelita (*ampelītis* en Plinio, de la tercera declinación, pero no se entendía una palabra en *-itis* que no fuera de enfermedad);
anabaptismo (*anabaptismus* en san Agustín);
anacoreta (*anachōrēta*);
anáfora (*anaphora* en Plinio);
anagoge (*anagōge* en san Jerónimo);
analectas (*analecta* en Marcial);
analéptico (*analepticus*);
analogía (*analogia* en Varrón); *análogo* (*analogus* en Varrón);

anapéstico (*anapdesticus*), *anapesto* (*anapaestus* en Cicerón);

anástrofe (*anastrophe* en Carisio);

anatema y *anatematizar* (*anathema* en Tertuliano y *anathematizāre* en san Jerónimo; acento analógico);

anatomía y *anatómico* (*anatomia* y *anatomicus*);

ancón (*ancon* en Vitrubio);

áncora (*ancora* en Nevio; la palabra griega, equivocada en el DLE, es *ánkyra*);

anchoa (*aphye* en Plinio; hay errata en gr. *aphyē*);

andrógino (*androgynus* en Lucilio);

androsemo (*androsaemon* en Plinio);

aneldo (del diminutivo del *anēthum* de Virgilio);

anemone o *anemona* (*anemōne* en Plinio; el acento del coexistente *anémona* es analógico);

anfibio (*amphibion* de san Isidoro);

anfibología (*amphibologia*);

anfibracó (*amphibrachys* de Quintiliano);

anfimacro (*amphimacrus* de Quintiliano);

anfipróstilo (*amphiprostylos* de Vitrubio; el acento es incorrecto en todos los compuestos de este tipo, como *hexástilo*, etc.);

anfisbena (*amphisbaena* de Lucano);

anfiscio (*amphiscius* de san Isidoro);

anfiteatro (*amphitheatrum* de Vitrubio);

ánfora (*amphora* de Nevio);

angaria (*angaria*, con acento como si viniera no de *angareia*, sino de *angaria*);

ángel (*angelus* de Tertuliano);

ánima y *ánimo* (es inexacto decir que *anima* y *animus* vienen de *ánemos*);

anis (*anīsum* de Catón);

anodino (con acento analógico, pues el lat. es *anōdynon*);

anomalía (*anōmalia* en Varrón); *anómalo* (*anōmalos*);

antagonista (*antagōnista* en san Jerónimo);

antártico (*antarcticus*);

antia (femenino a partir del masc. *anthias* de Ovidio);

antibaquío (*antibacchius*);

anticristo (*antichristus*);

antidáctilo (*antidactylus* de Mario Victorino);

antidoto (*antidotum* de Celso y *antidotus* de Gelio);
antifona (pero habría que advertir que *antiphōna* es muy tardío; obsérvese el acento incorrecto como en *teléfono*, *micrófono*, etc.);

antifrasis (*antiphraasis* en Carisio);

antinomia (*antinomia* en Quintiliano);

antipatía (*antipathia* en Plinio);

antípoda (*antipodes* en Salustio);

antiscio (*antiscius*);

antispasto (*antispastus*);

antistrofa (*antistropha* o *antistrophe*; el acento es análogo de *estrofa*);

antítesis (*antithesis* en Carisio);

antitético (*antitheticus*);

antiteto (*antitheton*);

antonomasia (*antonomasia* en Quintiliano);

antracita (*anthracitis* en Plinio, pero cf. lo dicho sobre *ampelita*);

ántrax (*anthrax* en Vitrubio);

antro (*antrum* en Virgilio);

antropófago (*anthrōpophagus* en Plinio);

antropomorfita (*anthrōpomorphita* en san Agustín);

apatía (*apathia* en Gelio);

ápoca (*apocha*);

apocalipsis (*apocalypsis* en Tertuliano);

apócema (*apozema*);

apócope (*apocopa* o *apocope*);

apócrifo (*apocryphus* en Tertuliano);

apodíctico (*apodicticus* en Gelio);

apódosis (*apodosis* en Donato);

apogeo (*apogēus* en Plinio);

apógrafo (*apographon* en Plinio);

apologético (*apologēticum* en Lactancio);

apología (*apologia* en san Jerónimo);

apólogo (*apologus* en Plauto);

apoplejía (*apoplexia* en Orosio);

apoplético (*apoplecticus*);

apostasía (*apostasia*);

apóstata (*apostata* en Tertuliano);

apostema (*apostēma* en Plinio);

- apóstol* (*apostolus* en Tertuliano);
apostólico (*apostolicus* en Tertuliano);
apóstrofe (*apostrophe* en Quintiliano);
apoteca (*apothēca* en Cicerón);
apotegma (*apophthegma*);
apoteosis (*apotheōsis* en Tertuliano);
áqueta (femenino frente al masc. *ácheta* de Plinio);
arcángel (*archangelus* en Tertuliano);
arcediano (*archidiaconus* en san Jerónimo);
arcipreste (*archipresbyter* en san Jerónimo);
arconte (*archon* en Cicerón);
ártico y *ártico* (*arcticus*);
archimandrita (*archimandrīta* en Sidonio);
architriclino (*architriclīnus* en la Vulgata);
archivo (*archīum* y *archīuum*);
areopagita (*Arēopagītes* o *Arēopagīta*);
areópago (*Arēopagos*);
argadillo (a partir del *ergata* de Vitrubio);
argemone (*argemōne* en Plinio);
argonauta (*Argonauta*);
aristoloquia (*aristolochia* en Cicerón);
aritmética (*arithmētica* en Vitrubio);
aritmético (*arithmēticus* en Cicerón);
armonia (*harmonia* en Lucrecio), *armónico* (*harmonicus* en Varrón);
aro, nombre de planta (*aron* en Plinio);
aroma (*arōma* en Columela), *aromático* (*arōmaticus*),
aromatizar (*arōmatizāre* en la Vulgata);
arpía (*Harpyia*);
arquetipo (*archetypus* en Lucilio; el acento, incorrecto como en *prototipo*, etc.);
arquisinagogo (*archisynagōgus*);
arquitecto (*architecton* o *architectus* en Plauto); *arquitectónico* (*architectonicus* en Vitrubio);
arras (*arrha* en inscripciones; en *arrabón* nadie utiliza ya la grafía con espíritu suave y áspero);
arsénico (*arrhenicum* o *arsenicum*);
artemisia (*artemisia* en Plinio);
arteria (*artēria*);
artético y *artrítico* (*arthrīticus* en Cicerón);

- artimón* (*artemo* en Lucilio);
artritis (*arthrītis*);
Arturo (*Arctūrus* en Plauto);
arzobispo (*archiepiscopus*);
asbesto (*asbeston* y *asbestos*);
ascáride (*ascarida*);
ascio (*ascius* en Plinio);
ásairo (*ascyron* en Plinio);
ascitis (masc. *ascītes*; aquí el sufijo correspondiente a enfermedades ha suplantado al primitivo en palabra que significa «hidropesía»);
asfalto (*asphaltus*);
asfódelo (*asphodelus* en Columela);
asilo (*asylum* en Cicerón);
asindetón (*asyndeton* en Donato);
asma (*asthma* en Plinio), *asmático* (*asthmaticus* también en Plinio);
aspálato (*aspalathus*);
áspid (*aspis* en Cicerón);
asteísmo (*asteismos* en Carisio);
asterisco (*asteriscus* en Suetonio);
astrágalo (*astragalus* en Vitrubio);
astrología (*astrologia* en Cicerón); *astrológico* (*astrologicus* en Boecio); *astrólogo* (*astrologus* en Ennio);
astronomía (*astronomia* en Séneca); *astronómico* (*astronomicus*); *astrónomo* (*astronomus*);
ateneo (*Athēnaeum*);
ateo (*atheos* en Minucio Félix; nótese el acento incorrecto);
aticismo (*Atticismus*), *ático* (*Atticus*);
Atlántida y *Atlas* (*Atlantis* y *Atlas*; en la voz *atlante* se remite a lat. *atlantes* cuando sería mejor referirse otra vez a *Atlas*);
atleta (*athlēta* en Cicerón, hay errata en el gr. *athlētēs*), *atlético* (*athlēticus* en Celso);
átomo (*atomus* en Plinio);
atrofia (*atrophia*);
augita (*augītis* en Plinio; cf. lo dicho sobre *ampelita*);
aura (*aura* en Ennio);
auricalco (*aurichalcum* y *orichalcum*);

austero (*austērus* en Cicerón);
auténtico (*authenticus* en Tertuliano);
autóctono (*autochthon*);
autógrafo (*autographus* en Suetonio);
autómata (*automatus* en Vitrubio; el correcto *autómato* fue suplantado por el galicismo en el s. XVIII);
avestruz (de *auis* y *strūthio*, no **strutio* como dice el DLE);

axioma (*axiōma* en Apuleyo);
ázimo (*azymus*; el acento sigue al griego, no al latín).

No hemos encontrado, en cambio, el antecedente latino, al menos en lo clásico, de *anteco*, *antropomorfo*; *arcaico*, *arcaísmo*; *arisaro*, *aristocracia*, *asceta*, *atonía* y *autonomía*, todos los cuales tienen base en el griego clásico.

Tampoco de *anagrama*, al que luego me referiré. Chocantes resultan *aforisma* y *aporisma* «tumor»: *aphórisma* con tal sentido no aparece, ni **apórisma* en ninguno, y en latín no hay nada aprovechable.

En cuanto al término arquitectónico *apófige*, del s. XVIII, se basa en una lección de Vitrubio, *apophygis*, que correspondería a un **apophygé* inexistente en griego; pero hoy los diccionarios latinos prefieren leer *apophysis*, del que sí existe antecedente *apóphysis*. Quizá ésta sea una de las faltas mayores del DLE si se exceptúa la etimología del híbrido botánico *aizoáceo*, en que se hace referencia al latín *aizōon* y luego, con errata además, al adj. gr. *aithōn* «ardiente»: en realidad se trata de la palabra *aeizōon*, *Sempervivum tectorum* L., citada por Plinio en latín.

Paralelamente parece que tampoco deberán remontarse más allá del árabe las etimologías en que el vocablo haya pasado al castellano desde el griego a través de dicha lengua; tanto más cuanto que en ocasiones la evolución no está clara. Pero carezco de competencia para opinar en este campo y me limitaré a indicar que forman este apartado las palabras *abenuz* (en gr. *ébenos* hay una errata), *adelfa*, *alatrón*, *albéitar*, *alcaduz*, *alcartaz*, *alfinge*; *alfóndega*, *alfóndiga* y *alhóndiga*; *alfoncigo*, *alfóstigo* y *alfóstiga*; *aliara*, *almáciga*, *almagesto*, *almaro*, *alquequenje*, *alquimia*, *altramuz*, *anfión*; *atriaca* o *atriaca* (que pueden haber venido por falso corte del artículo frente a *triacá*, al lado

de la cual debería haberse admitido *triacá*), *atún*, *azándar* y *azufaifa*. El caso de *almizcle* o *almizque* es particular, pues el ár. *misk* y el gr. *móschos* se remontan ambos al persa *mušk*.

Ocurre con bastante frecuencia que el *DLE*, después de señalar la palabra griega que sirve de origen a la castellana, pasa a indicar a su vez los componentes etimológicos de la primera. Esto es innecesario y peligroso, pues, al no ser helenistas profesionales los redactores de los artículos, no han podido evitar el jugar algo irresponsablemente con vocablos y etimologías. Todos recordamos los dislates que en este sentido presentaban los viejos manuales con sus afirmaciones de que *fisiología* viene de **fisios* «naturaleza» y **logia* «estudio». En el *DLE* no hay apenas errores de este tipo, salvo los que ya he mencionado: agregaré alguno más. En la voz *ácigos* se citan como elementos etimológicos el prefijo negativo y un supuesto *zygós*; en *anafrodisia*, al mismo y un supuesto **aphrodisia*; en *apirexia*, un fantástico **apyretikós*; en *anofeles* (el acento es anómalo), otra vez dicho prefijo y un inexistente **óphelon*; pero lo más grave es que en *alción* se escriba, en relación con el original griego de la palabra, *halkyón*, que ha suplantado al correcto *alkyón* precisamente en función de la legendaria etimología que recurre a *hals* y *kyō*, porque se contaba que el ave ponía sus huevos en el mar.

Abundan también las erratas, como en las voces *acromion* (*ōmos*), *agnosia* (*agnōsia*), *alalia* (*a-* y *laliá*), *amnesia* (*mnēsis*), *anorexia* (*anorexia*), *Antares* (*Árēs*), *apátrida* (*a-*), *ápodo* (*ápous*), *ápside* (donde se prescinde del lat. *absis* y se escribe mal la terminación de genitivo *-idos* eligiendo la forma no psilótica *hapsis*, mientras que *ábside* ofrece la psilótica *apsis*), a lo que añadiré, aunque no pertenecen estrictamente a este capítulo, las faltas registradas en las voces *abraxas* (*abráxas*) y *antropo-* (*ánthrōpos*). Y también hay irregularidades en el aspecto de la formación de palabras.

Por ejemplo, los adjetivos del tipo de *acéfalo*, *áfilo* (donde el acento como diré, exigiría *afilo*), *áfono* (recuérdese lo dicho sobre *antifona*), *álalo* (con errata en *a-*), *amorfo*, *anhidro*, *apétalo*, *áptero* y *átono* no ofrecen gran problema,

pues se supone el correspondiente sustantivo con el prefijo negativo; pero en los abstractos correlativos (*abulia*, *acinesia*, *adinamia*, *afasia*, *analgesia*, *anarquía*, *anemia*, *aepsia*, *apnea*, *aporía*, *asfixia*, *ataraxia* y *ataxia*; nótese varios acentos anómalos en la *-i-* y añádase *ambrosía* o *ambrosia*) hay ya un verdadero caos en que alternan, como base etimológica del sustantivo, el adjetivo correspondiente, el prefijo con un sustantivo o el mismo con un verbo, como en el caso del primero, relacionado con *boúlomai*.

Desorden parecido (verbos activos y medios, adjetivos) reina en el sector de los derivados de abstractos en *-sis* (*aféresis*, *amaurosis*, *anagnórisis*, *análisis*, *anhidrosis*, *anquilosis*, *apocatástasis*, *aponeurosis*). Y algo similar podríamos decir de casos en que, repito, lo mejor sería limitarse a señalar la palabra griega básica: *acrópolis*, *acróstico*, *acrostolio*, *acústico*, *adéfago*, *ágora*, *alantoides*, *alopatía*, *ambliopía*, *anaglifo*, *anécdota*, *aneurisma*, *ánodo*, *antera*, *anticresis*, *antilogía*, *antiperistasis*, *antología*, *aoristo* (la derivación de *a-* y *horistós* es particularmente desafortunada), *aorta*, *apóstrofo*, *archipiélago*, *areóstilo* (recuérdese lo dicho sobre *anfipróstilo*), *argadillo*, *arqueología*, *ascético*, *asintota*, *asténico*; *asterismo*, *asteroide*, *astrolabio*; *autocracia* (acento anómalo frente al normal de *democracia*, etc.), *autócrata*; *automatismo* y *autónomo*.

Es notable la confusión en torno a *autarcía* o *autarquía* «autosuficiencia»: el *DLE* relaciona el primero con **autarkía* y el segundo con *autárkeia*, pero aquella voz no existe, de modo que el acento es normal, mientras que, en cambio, *autarquía* «autogobierno» tiene acento anómalo, como derivado de *autarchía*.

Entramos finalmente en el capítulo a mi entender más importante, que es el de las palabras que nunca han existido en griego clásico ni bizantino y, sin embargo, han sido tomadas por vía culta para la creación de neologismos técnicos. Es muy necesario separar bien en los léxicos éstas de las otras, y para ello conviene no dar nunca el nombre de la palabra griega básica aunque esté clara, sino recurrir siempre a los sufijos o segundos términos de compuestos que por analogía han intervenido en la creación. Aquí lo mejor será lanzarme sin más a dar ejemplos.

El sufijo *-ikós* no ya sólo en castellano, sino también en latín y en el propio griego tardío, había sido muy empleado para estos fines analógicos. Así, cuando llegue a *amilico* diré que procede de *amylum* y de un *-ico* analógico de palabras griegas realmente existentes; y lo mismo haré con *aórtico* respecto de *aorté*. Como modelos para la analogía nos pueden servir, dentro de este mismo estudio, las citas *acústico*, *artrítico*, *ascético* y *asmático*; y, si queremos irnos a las listas médicas de la Sra. Morales:

Agónico, béquico, bubónico, catártico, cefálico, clínico; colérico, cólico; crítico, dermatico, dietético, drástico, emético, entérico, espástico, esplénico, farmacéutico, físico; flemático, flemónico; héctico, hemático, hepático, hipnótico, histérico, ictérico, mayéutico, narcótico, nefrítico, neumónico, oftálmico, orgánico, pleurítico, ptármico, reumático, séptico, somático, terapéutico, tetánico, tísico, tónico, torácico, tóxico, traumático, urético y yátrico frente a los neologismos *ascítico, cigomático, cirrótico, cístico, clástico, clorótico, dérmico, esclerótica, esquelético, flogístico, gástrico, herpético, maniático, miasmático, micótico, neurótico, onírico, pánico, raquitico y tífico*.

Para *adenitis* recurrimos a *adén* «glándula» más un sufijo *-itis*; y para *aortitis* procederemos paralelamente. Si queremos nombres antiguos de enfermedades inflamatorias, ahí están la ya citada *artritis* con *blefaritis, esplenitis, frenitis, hepatitis, nefritis* y *pleuritis*; y como analógicos modernos:

Bronquitis, cistitis, colitis, dermatitis, didimitis, enteritis, estomatitis, faringitis, flebitis, gastritis, laringitis, mastitis, meningitis, metritis, neuritis, orquitis, osteitis, otitis, pielitis, raquitis, rinitis, traqueitis y uretritis.

El antecedente de *ascetismo* no consta en griego; su origen podrá fijarse en una formación paralela a la del adjetivo *askētikós* con un sufijo *-ismo* que hemos hallado en *arcaísmo, asterismo* y *aticismo*. En el campo médico nos salen al paso formas antiguas como:

Eretismo, estrabismo, gargarismo, hidatismo, idiotismo, neumatismo, priapismo, reumatismo, sinapismo, tialismo, timpanismo y traumatismo; y, en calidad de formaciones

analógicas, *artritis*, *herpetismo*, *histerismo*, *latirismo*, *nanismo* y *raquitismo*.

Antes hablaba de las formas originarias *amaurosis* y *anquilosis*, cuyo sufijo denota enfermedad; añádanse a ellas las también griegas:

Carcinosis, *cenosis*, *cianosis*, *cirrosis*, *esclerosis*, *escoliosis*, *estenosis*, *fimosis*, *flogosis*, *hematosis*, *lordosis*, *narcosis*, *necrosis*, *oncosis*, *psicosis*, *sicosis*, *trombosis*; y las analógicas *clorosis*, *dermatosis*, *espondilosis*, *hipnosis*, *mitosis*, *neurosis* y *queratosis*.

Y, puesto que la A no nos da pie para hablar de nosónicos analógicos en *-ia* del tipo de *difteria*, *histeria*, *ictericia* y *presbicia*, terminemos el capítulo de los sufijos con el *-oma* indicador de tumores y tan de moda hoy por el «tabú» en que está cayendo la palabra *cáncer*: establezcamos *adenoma* y *angioma* como formados con *adén* y *angeión* «vaso» y el sufijo; y recojamos, en calidad de formas ya antiguas:

Carcinoma, *cefaloma*, *celoma*, *cigoma*, *escolioma*, *escotoma*, *esferoma*, *estafiloma*, *esteatoma*, *glaucoma*, *helcoma*, *hidroma*, *leucoma*, *oncoma*, *pelidnoma*, *peleoma*, *pladaroma*, *poroma*, *racoma*, *sarcoma* y *sicoma*; y, como neologismos, *blastoma*, *cistoma*, *cloroma*, *condroma*, *coproma*, *dacrioma*, *glioma*, *hamartoma*, *hematoma*, *hepatoma*, *higroma*, *hilo-*
ma, *histeroma*, *histoma*, *lepidoma*, *leproma*, *lipoma*, *mala-*
coma, *melanoma*, *mieloma*, *mioma*, *mixoma*, *monoma*, *neu-*
roma, *odontoma*, *onicoma*, *osqueoma*, *osteoma*, *psamoma*, *queratoma*, *quistoma*, *sifonoma* y *tracoma*.

Una última curiosidad en relación con los sufijos: el error del *DLE* al empalmar directamente el término minero *agogia* con el lat. *agōge* y gr. *agōge*. Se trata, por el contrario, de una formación técnica artificial en que se ha abstraído, para el concepto «conducción», un segundo término bien conocido por el citado *anagogía* y *demagogia*, *pedagogia*, *psicagogia*, etc., de las que sólo la segunda se atiene al acento latino que juzgamos normativo.

Pasemos ahora a la esfera de los compuestos analógicos. El sistema que convendrá seguir será similar. No puedo, naturalmente, hacer un estudio de todas las infinitas modalidades. Me detendré, a guisa de ejemplo, en tres clases de compuestos negativos.

Los adjetivos comenzados por prefijo negativo y terminados en *-ico* son bastantes; y su clasificación comprende cuatro grupos. Ante todo, un tipo profundamente extraño al genio de la lengua griega en que, para indicar que algo no posee tal característica, se yuxtapone simplemente la partícula al adjetivo positivo. Ahora bien, en griego clásico nunca se habría dicho **atoxikós*, sino *mè toxikós*; ni **asēptikós*, sino *mè sēptikós*. El caso es que tal es el uso en formaciones analógicas, modernas y técnicas como *acromático* (*chrōmatikós*), *anepigráfico* (*epigraphikós*), *atóxico*, *aséptico*, *aplanético* (*planōtikós*). En este grupo, la etimología debe ser indicada como neologismo a base de los dos elementos que claramente se contienen en cada uno.

El segundo se forma por anteposición del prefijo en el lugar en que palabras griegas clásicas ostentaban, por ejemplo, preposición, analogía que habrá que hacer constar en la anotación etimológica: *agnóstico* según *diagnōstikós*, del que tenemos también *diagnóstico*; *astático* según *diastatikós*.

El tercer grupo es aquel en que se modifica con el sufijo *-ico* un sustantivo negativo abstracto existente en lo clásico: *analgésico* (*analgēsia*), *anémico* (*anaimia*).

Y, finalmente, en el cuarto grupo dicho sufijo es yuxtapuesto, con analogía más lejana, a un sustantivo de la familia a que se quiere hacer referencia: *afásico* (*a-* y *phásis*), *astigmático* (*a-* y *stigma*). Todas estas peculiaridades deben ser recogidas en el capítulo etimológico. Y el procedimiento puede ser aplicado a cualquier serie. Por ejemplo, los sustantivos negativos analógicos en *-ismo* de la A ofrecen muestras de los grupos tercero (*analfabetismo* de *analphābetos*) y cuarto (*acosmismo* de *a-* y *kósmos*; *astigmatismo* de *a-* y *stigma*); los en *-ia* del mismo tipo, modelos del segundo (*agrafia* a partir de *syngraphia*; *asepsia* a partir de *eusēpsia*; *anuria* a partir de *lipsouria*) y del tercero (*adipsia* sobre *a-* y *dipsa*); etc.

Repasemos a continuación algunas familias de compuestos propiamente dichos para observar sobre qué bases pueden o deben ser establecidos los neologismos, con lo cual evitaremos monstruosidades paralelas a las que, examinan-

do el material sufijal, señalaba la Sra. Morales en el léxico médico:

Corionitis (en vez de *coritis*), *edeoitis* (*edeitis*), *elitroititis* (*elitrititis*), *escolopsia* (*escolopia*), *fagedenia* (*fagedena*), *gonitis* (*gonatititis*), *inositis* (*initis*), *micosis* (*micetosis*), *mionisis* (*miisis*), *miositis* (*miitis*), *neumosis* (*neumonosis*), *opósico* (*ópico*), *pireticosis* (*piretosis*), *tenositis* (*tenontitis*), etc.

Comencemos por los sustantivos femeninos y anotemos que de las palabras en *-algia*, de acento correcto, hemos hallado aquí un analógico *artralgia*: el griego ofrece trece vocablos que cubren muchos campos del organismo, como los pies, corazón, cabeza, muelas, hombro, matriz, manos, lengua, oídos, cadera, etc.

De las en *-emia*, de acento también correcto, tenemos el analógico *azoemia* y hemos citado *anemia*: el inventario griego es aquí corto, con sólo otras cuatro palabras referentes a abundancia o escasez de sangre.

El acento del analógico *alergia* es incorrecto: no así el de *energía*, palabra junto a la que existen en griego tres compuestos suyos, *anérgeia* y formaciones en *dys-* y *eu-*.

Al analógico *aerofagia*, con acento correcto, responden infinidad de formaciones griegas que designan el hecho de comer toda clase de cosas y personas; existe incluso la *doxophagia* o afán de tragarse la gloria, así como también otras palabras para maneras de comer (lo de otro, lo necesario únicamente, lo crudo, en común, uno sólo, cosas repugnantes, lo seco, etc.). La *adefagia*, procedente directamente de palabra griega, está en nuestro sector del diccionario.

La *fobia*, con acento correcto, es innovación moderna abstraída de los compuestos; la *aerofobia* y *agorafobia* son analógicas; el sector de fobias, como corresponde a una sociedad psíquicamente sana, es reducido en griego. La *aphobia* o falta de temor; designaciones de la *hidrofobia* e *higrofobia* o temor a lo húmedo; y nada más.

En cambio, *filia* procede del gr. *philia* «amistad, amor»: hay infinidad de voces en *-philia* cuyos equivalentes ostentan acento correcto, pero no hemos encontrado ninguno en la A.

Es incorrecto el acento de voces como las analógicas *afonia* y *apofonia*: en griego hay multitud de abstractos relativos a las modalidades de la voz, de entre los que entresacamos los antecedentes de *eufonia*, *microfonia* (que designa, claro está, sólo la debilidad de la voz), *polifonia* (con referencia a flautas o aves, pues las personas cantaban al unísono) y *sinfonia* (con su derivado popular *zampoña*, cuyo acento es correcto).

Incorrecto también, el acento de los analógicos *ampelografía*, *anemografía*, *antropografía*, *arteriografía* y *artrografía*; la palabra *graphía* está solamente en una glosa, pero el capítulo de derivados en *-graphía* asciende a la cifra de 77, entre ellos los antecedentes de:

Bibliografía, *biografía*, *caligrafía*, *cronografía*, *escenografía*, *geografía*, *historiografía*, *iconografía*, *logografía*, *mitografía*, *ortografía*, *topografía*.

Igualmente incorrecto, el acento de las voces en *-logía*, de las que son analógicas *adenología*, *agrología*, *angelología*, *angiología*, *antropología*, *aracnología*, *arteriología*, *astrología*. La voz *logía* es dudosa y además se relaciona con el significado «recoger» de *légō*, como también muchos compuestos, por lo cual la cifra de 173 palabras griegas de este tipo está exagerada. Señalemos los antecedentes de:

Analogía, *antilogía*, *antología*, *apología*, *arqueología*, *astrología*, *braquilogía*, *cronología*, *doxología*, *enología*, *etiología*, *etiología*, *filología*, *fisiología*, *genealogía*, *meteorología*, *metrología*, *mitología*, *osteología*, *patología*, *tecnología*, *teología*, *teratología*, *tetrología*, *trilogía*.

Tampoco está de acuerdo con las normas latinas el acento de *-mancia* (pero la Academia autoriza *-mancia*). El *alectomancia* del DLE es una malformación que debería desaparecer ante *alectoromancia*, voz analógica; en griego hay 27 vocablos de este tipo, entre ellos los antecedentes de *aeromancia*, *necromancia*, *ornitomancia*. El simple *manteia* «adivinación» es muy común.

Ni lo está el de *-mania*, segundo elemento de palabras analógicamente formadas sobre el existente *mania* «locura» y de que en la A sólo he hallado un híbrido *anglomanía*.

No son muchas las manías que registra el léxico griego: 23 centradas en las codornices, el amor de varios tipos, los dioses, las piedras, el oro, el arte músico, la fama, los caballos...

Ni el de los analógicos en *-metria* (*actinometria*, *anemometria*, *antropometria*). Los términos genuinamente griegos son veinte, entre ellos la ya citada *ametria* y los antecedentes de *colometria*, *estereometria*, *geometria*.

Sí, por el contrario, el de los analógicos en *-patia*, como *adenopatía* y *artropatía*. En griego, cuarenta voces de este tipo, entre las cuales destacan los antecedentes de *alopatía*, *antipatía*, *apatía* y *simpatía*.

Ahora algunos adjetivos y sustantivos, masculinos o neutros en griego. Ante todo, frente a los analógicos *aerobio*, *anaerobio* y *anobio*, multitud de ellos referentes a hombres que viven de tal o cual manera: así *makróbios* «longevo», pero no el antecedente del también analógico *microbio*; y adjetivos zoológicos como *anfibio*.

La palabra *képhalos* designa un pez; sus derivados analógicos son muchos en nuestra lengua, como *acantocéfalo*; 55 palabras griegas están formadas así, de las que elegimos los antecedentes de *acéfalo*, *cinocéfalo*, *encéfalo* e *hidrocéfalo*.

Entre los 34 compuestos griegos con *dáktylos* «dedo» en segundo término hay muchos referentes al pie métrico, de los que hemos citado aquí el antecedente de *antidáctilo*; son analógicos *artiodáctilo* y un sinfín de otros.

Es difícil sistematizar los muchos compuestos griegos en *-dromos*, donde se mezclan los adjetivos proparoxítonos con los más abundantes paroxítonos, que indican que un ser corre de cierto modo. Entre los primeros figura el antecedente de *hipódromo*; entre los segundos, *aerodrómo*, que en un papiro mágico significa «que vuela por el aire», de modo que *aeródromo* y sus afines resultan ser en castellano analógicos todos. También existe *drómos* «carrera».

La voz *phágos* «glotón» aparece en san Mateo. *Antófago* es analógico. Los antecedentes de *adéfago*, *antropófago*, *esófago*, *ictífago* (que así debería ser y no *ictiófago*), *necrófago* y *sarcófago* son clásicos.

Las voces analógicas *anemófilo* y el híbrido *anglófilo* dan pie para referirnos al conocido *philos* «querido, amigo» y sus 32 compuestos, entre ellos nombres propios como los antecedentes de *Difilo*, *Pánfilo* y *Teófilo*.

Pero no hay que confundir estos derivados en *-philos* con los en *-phyllos* a partir de *phyllon* «hoja», que deberían llevar acento en la penúltima. Resulta, pues, correcto el acento del analógico *anisofilo*, e incorrectos, en cambio, los de *áfilo*, formado a partir de *áphyllos*, y el popular *trébol*, sobre *triphyllos*.

A partir de *phóbos* «miedo» encontramos 19 adjetivos en *-phobos*, de los que señalamos el antecedente de *hidrófobo* y a los que responde como analógico el híbrido *anglófobo*.

Hay muchos derivados en *-graphos*, pero suelen referirse a documentos, como los antecedentes de *apógrafo* y *autógrafo*, y no a aparatos para escribir o describir, cuales son los analógicos *actinógrafo*, *anemógrafo* y *astrógrafo*.

Menos abundantes, en cambio, resultan ser los en *-gramma*, alusivos también a escritos y procedentes del simple *grámma*, que tal significa; el analógico *aerograma* viene a sumarse a *anagrama*, *diagrama*, *epigrama* y *programa*, derivados de otras tantas palabras griegas.

No podía esperarse que estuvieran en griego los antecedentes de los analógicos *aerolito* y *astrolito*, pero sí el de *monolito* y otros. El acento es incorrecto, pues es breve la penúltima de *lithos* «piedra».

En los adjetivos en *-logos* o *-lógos* que designan especialistas hay mucha confusión, pues interviene aquí la acepción «recoger» de *légō*. Es analógico *asiriólogo*; existen en griego los antecedentes de *antólogo*, *antropólogo*, *astrólogo*, *biólogo*, *cronólogo*, *fisiólogo*, *geneólogo*, *meteorólogo*, *mitólogo*, *ornitólogo*, *osteólogo*, *tecnólogo*, *teólogo* (hay que evitar, entendemos, *antologista*, *cronologista*, *genealogista* y *mitologista*, feos y reiterativos); designan escritos los antecedentes de *apólogo*, *catálogo*, *decálogo*, *diálogo*, *epilogo*, *prólogo*, y son simplemente adjetivos los de *ánlogo* y *homólogo*. Y no olvidemos al simple, nada menos que *lógos*.

Frente a la abundancia de analógicos del tipo de *acti-*

nómetro, *aerómetro*, *anemómetro*, *areómetro*, *aritmómetro* y *axiómetro* no era de esperar que aparecieran muchas palabras griegas designando otros aparatos de medición que los muy simples recipientes del tipo de *métron*: solamente el antecedente de *hodómetro*, que corresponde a un genial invento alejandrino.

El analógico *actinomorfo* responde a voces griegas de las que entresacamos los antecedentes de *amorfo* y *antropomorfo*.

Otra familia hoy próspera es la que dio hace tiempo el analógico *aeronauta* y más tarde *astronauta* y *cosmonauta*; en su base está el singular *naútēs*, y con él los antecedentes de *argonauta* y otras palabras. Un *karyonaútēs* navega en una nuez en la *Verdadera historia* de Luciano, y un *strongylonaútēs* dirige una nave de las llamadas redondas en Aristófanes.

Los adjetivos en *-eidés* son muchos, entre ellos los antecedentes de *alantoides*, *antropoide*, *aritenoide* y *asteroide*; es analógico *androide*.

Los derivados en *-pous*, a partir de *poús* «pie», causaban dificultad; afortunadamente, ya en lo tardío empiezan a aperecer tímidamente nominativos como *tetrápodos* y *émpodos*, lo cual ha originado analógicos como *artrópodo* y *anfípodo*; el antecedente de *ápodo* está en *ápous* y en el lat. *apūs* de Plinio.

De los bien conocidos nombres de insectos son griegos los antecedentes de *áptero*, *coleóptero*, *diptero*, *himenóptero* y *ortóptero*; y analógicos, por ejemplo, *afaniptero* y *arquiptero*.

Verdaderos instrumentos ópticos son ya el *meteōroskópion*, *hydroskópion* y *hōroskópion*, mientras que *pros-kópion* designa una visera y *kataskópion* una nave observadora; es analógico *anemoscopio*.

Y así podríamos continuar indefinidamente. Ponemos, pues, fin a esta relación llamando la atención a los futuros *etimólogos* (no *etimologistas*) para que tengan en cuenta estos factores a la hora de definir exactamente el origen griego de las palabras castellanas.